

La naturaleza y la finalidad. Descartes y Tomás de Aquino

Florian LAGUENS – flaguens@ipc-paris.fr

En los estudios cartesianos es habitual afirmar que Descartes eliminó el tema de la finalidad. Esta contribución pretende aclarar y matizar esta tesis. En primer lugar, veremos cómo Descartes excluye la búsqueda de las causas finales del campo de la filosofía de la naturaleza. A continuación, ilustraremos esta exclusión a partir de dos cuestiones: la gravedad de los cuerpos y la formación del feto. Por último, matizaremos esta idea mostrando la persistencia de un discurso teleológico en la obra cartesiana.

1. La exclusión de las causas finales.

Descartes expresa en varias ocasiones su preocupación por eliminar la búsqueda de las causas finales de la filosofía de la naturaleza, mientras que Tomás de Aquino consideraba la finalidad como la “causa de las causas”¹. A primera vista, no podrían ser más opuestos.

El rechazo cartesiano se expresa principalmente en la *Cuarta Meditación* y al comienzo de *los Principios*.

[T1] René Descartes, *Meditaciones metafísicas*, IV, AT IX-1, p. 44: “Todo ese género de causas que suele extraerse del fin no tiene uso alguno en las cosas físicas o naturales; pues no me parece que sea menos que temerario investigar y emprender descubrir los fines impenetrables de Dios.”

[T2] René Descartes, *Principios de la filosofía*, I, art. 28, AT IX-2, p. 37: “No hay que examinar para qué fin Dios hizo cada cosa, sino solamente por qué medios quiso que fuese producida. Tampoco nos detendremos a examinar los fines que Dios se propuso al crear el mundo, y rechazaremos enteramente de nuestra filosofía la investigación de las causas finales; porque no debemos presumir tanto de nosotros mismos como para creer que Dios haya querido hacernos partícipes de sus consejos.”

Es bien sabido que, al hacerlo, Descartes se sitúa en la línea de Francis Bacon. Los motivos invocados por Descartes para justificar esta exclusión son de dos tipos. La razón más poderosa parece ser la distancia inconmensurable entre la infinitud divina y nuestra inteligencia humana limitada. Una segunda razón se basa en una consideración pedagógica, en particular en un texto menos conocido de las *Quintas Respuestas*.

[T3] René Descartes, *Quintas Respuestas*, AT VII, p. 374-375: “Todo lo que decís luego acerca de la causa final debe ser remitido a la causa eficiente. Así, del admirable uso de cada parte en las

¹ S. THOMAS D’AQUIN, *Commentaria in octo libros Physicorum Aristotelis* [In Phys.], Lib. II, lect. 5, 11.

plantas, y en los animales, etc., es justo admirar la mano de Dios que las ha hecho, y conocer y glorificar al obrero por la inspección de sus obras; pero no adivinar para qué fin creó cada cosa. Y aunque en materia de moral, donde a menudo está permitido valerse de conjeturas, sea a veces algo piadoso considerar qué fin podemos conjeturar que Dios se propuso para la conducción del universo, ciertamente en la física, donde todas las cosas deben apoyarse en sólidas razones, es algo completamente ridículo. Y no se puede fingir que haya fines más fáciles de descubrir unos que otros, porque todos están igualmente ocultos en el abismo inescrutable de su sabiduría. Y tampoco debéis fingir que no hay hombre que pueda comprender las otras causas; porque no hay una que no sea mucho más fácil de conocer que la de la finalidad que Dios se propuso en la creación del universo.”

La conclusión es simple: los fines que Dios se propone son imposibles de conocer, por lo que es inútil argumentar desde la finalidad. Las causas finales son inútiles en física. Por lo tanto, parece legítimo suscribir la tesis de Étienne Gilson, según la cual “Descartes quiere destruir hasta en sus cimientos la concepción finalista de la naturaleza²”.

2. Dos ejemplos: la gravedad y el feto.

Elegimos dos ejemplos para ilustrar el cambio operado por Descartes: la gravedad de los cuerpos y la formación del feto. Está claro que, para Tomás de Aquino, estos dos movimientos (uno local y otro cuantitativo) siguen un proceso finalista. El cuerpo ligero se dirige hacia arriba, hacia la periferia del universo, y el hecho de reposar en ese lugar constituye el fin de su movimiento ascendente. Lo alto atrae a los cuerpos ligeros como su fin³. La materia del feto se organiza poco a poco durante el embarazo, con el fin de alcanzar una disposición suficiente para que el alma espiritual pueda ser infundida desde el exterior. El alma constituye “el fin de la generación⁴”. Pero en Descartes, como era de esperar, las cosas se explican de manera muy diferente.

En los *Principios de la filosofía* se distinguen tres elementos que componen todos los cuerpos materiales, que difieren en sus formas y movimientos. El primer elemento, luminoso, compone el Sol y las estrellas. El segundo elemento, transparente, compone los cielos. El tercero, opaco, compone la materia terrestre. El segundo elemento se mueve en círculos y, por efecto de la fuerza centrífuga, se dirige hacia el extremo del universo, es decir, hacia arriba. El tercer elemento, al no estar animado por tal movimiento, no tiende a elevarse. La gravedad es, por tanto, una cuestión de contraste.

[T4] René Descartes, *Principios de la filosofía*, IV, art. 23, AT IX-2, p. 211: “Es la ligereza de esta materia del Cielo lo que hace que los cuerpos terrestres sean pesados.”

² Etienne GILSON, *La Liberté chez Descartes et la théologie*, Paris, Félix Alcan, 1913, p. 94.

³ Voir *In II Phys.*, lect. 4, 7 : « *Non autem ex hoc ostenditur quod locus habeat virtutem attractivam, nisi sicut finis dicitur attrahere.* » ; *In VIII Phys.*, lect. 8, 5 : « *Sed iam levis existens comparatur ad locum sicut potentia ad actum (actus enim levis, inquantum huiusmodi, est esse in aliquo loco determinato, scilicet sursum).* »

⁴ « *Finis generationis hominis est forma humana.* » (*In II Phys.*, lect. 11, 2).

[T5] René Descartes, *Principios de la filosofía*, IV, art. 24, AT IX-2, p. 212: “Toda la pesantez de este cuerpo consiste en que el resto de la materia sutil, que hay en esa porción de aire, tiene más fuerza para alejarse del centro de la Tierra que el resto de la materia terrestre que lo compone.”

Las opiniones cartesianas sobre la formación del feto se expresan en un texto relativamente poco conocido y bastante tardío en la trayectoria del filósofo: *La Descripción del cuerpo humano* (1648). Los capítulos 4 y 5 ofrecen una explicación de la formación progresiva del cuerpo del embrión y del feto. El punto de partida que plantea Descartes es una reacción química de fermentación al comienzo del embarazo. Esta fermentación produce calor, lo que provoca el movimiento de las partículas que constituyen el embrión. Y este movimiento conduce progresivamente a la formación del corazón, primer órgano y centro organizador del cuerpo. Para explicar la formación del corazón sin recurrir a una explicación finalista, Descartes comienza por distinguir las partículas según su tamaño, lo que recuerda la distinción entre los tres elementos en el orden cosmológico. Las partículas menos móviles se desplazan hacia el exterior del flujo, como aluviones, y forman así los primeros tejidos. Es la circulación de los fluidos lo que crea los vasos que luego canalizan e intensifican la circulación [texto 6].

[T6] René Descartes, *La Descripción del cuerpo humano*, AT XI, p. 274-275: “Cuando las arterias y las venas comienzan a formarse, todavía no tienen pieles y no son otra cosa que pequeños riachuelos de sangre que se extienden aquí y allá en la semilla. Pero para entender cómo se forman sus pieles, y luego las otras partes sólidas, hay que reparar en que ya he distinguido más arriba entre las partículas de la sangre [...]. Debido a que se hallan menos predispuestas a moverse que las otras partículas de la sangre, [...] van a detenerse contra la superficie de los conductos por donde pasa, y así comienzan a componer sus pieles.”

En estos dos ejemplos se aprecia un gesto cartesiano decisivo: volver a explicar en términos de causas eficientes todo lo que parece deberse a una causa final [texto 3, línea 1].

3. Matices y preguntas.

Cabe señalar que la exclusión de la búsqueda de las causas finales en la física se produce en Descartes a costa de un discreto juego de manos intelectual: la desaparición de la causa primera. En Tomás de Aquino, es evidente que el estudio del “primer principio de toda naturaleza⁵” pertenece por derecho propio a la física, ya que el efecto y la causa pertenecen a la misma ciencia. Para Tomás, comprender la naturaleza implica comprender la causa motriz a la que está unida. Para Descartes, por el contrario, la causa primera del movimiento de los cuerpos se evacua sistemáticamente fuera del proceso físico.

⁵ *In VIII Phys.*, lect. 23, 9.

[T7] René Descartes, *El Mundo*, AT XI, p. 11: “No me detengo a buscar la causa de sus movimientos: pues me basta pensar que comenzaron a moverse en cuanto el Mundo comenzó a ser.”

Dios es el origen del movimiento de la materia, en el sentido de que le da inseparablemente el ser y el movimiento. Pero Descartes superpone abusivamente dos planos. Por un lado, la intervención divina que da el movimiento se sitúa fuera del tiempo, ya que Descartes imagina que la materia está en movimiento desde el primer instante. Por otro lado, Dios actúa para conservar a lo largo del tiempo la cantidad global de movimiento de su creación. Y aquí está la superposición: al considerar que el comienzo es inaccesible para el físico, Descartes también oculta el acto por el cual Dios conserva hoy el mundo.

Si bien afirma la exclusión de las causas finales en la física, Descartes no deja de afirmar la omnipresencia de la Providencia divina, incluso en los *Principios de la filosofía*. Es en el ámbito moral donde este tema de la Providencia reviste mayor importancia para Descartes. Al comprender que el mundo no deja de estar gobernado por Dios, aprendo a aceptar con valentía todo lo que me pueda suceder, incluso las cosas más difíciles.

[T8] René Descartes, “A Elisabeth”, 15 de septiembre de 1645, AT IV, p. 291-292: “La primera y principal es que hay un Dios, de quien dependen todas las cosas, cuyas perfecciones son infinitas, cuyo poder es inmenso, cuyos decretos son infalibles: pues esto nos enseña a recibir de buena gana todas las cosas que nos acontecen, como expresamente enviadas por Dios; y porque el verdadero objeto del amor es la perfección, cuando elevamos nuestro espíritu a considerarlo tal como es, nos hallamos naturalmente tan inclinados a amarlo que incluso sacamos gozo de nuestras aflicciones, pensando que su voluntad se ejecuta en que las recibimos.”

¿Es el ser humano el fin último de la obra creadora de Dios? Tomás de Aquino responde afirmativamente en la *Suma contra los gentiles* (II, 84). Descartes, por su parte, no sabe cuáles son los fines que Dios se ha propuesto en, pero niega que la humanidad constituya el único fin de la creación. En consecuencia, contempla la posibilidad de que exista vida inteligente en otros planetas. Se trata de la intrigante cuestión de la pluralidad de los mundos, mencionada de pasada en el *Discurso del método* y de forma algo más precisa en la correspondencia.

Nada más salir del estricto ámbito físico, Descartes no duda en reintroducir la finalidad, por ejemplo, cuando trata de la unión del alma y el cuerpo. El hambre y la sed tienen una finalidad manifiesta: la conservación del cuerpo. Las pasiones también se entienden habitualmente en términos de utilidad.

[T9] René Descartes, *Las pasiones del alma*, II, art. 52, AT XI, p. 372: “El uso de todas las pasiones consiste sólo en disponer el alma a querer las cosas que la naturaleza nos dicta como útiles.”

[T10] René Descartes, *Las pasiones del alma*, II, art. 94, AT XI, p. 399-400: “Y la causa por la cual el dolor produce ordinariamente la tristeza es que el sentimiento que llamamos dolor viene siempre de alguna acción tan violenta que ofende los nervios; de modo que, habiendo sido instituido por la naturaleza para significar al alma el daño que el cuerpo recibe por esta acción, y la debilidad en

que no ha podido resistirla, le representa ambas cosas como males que le resultan siempre desagradables.”

Esto lleva a poner de relieve en Descartes un uso particular de la palabra «naturaleza», a saber, Dios en cuanto que ordena su creación.

[T11] René Descartes, *Meditaciones metafísicas*, VI, AT IX-1, p. 64: “Por naturaleza, considerada en general, no entiendo ahora otra cosa que el mismo Dios, o bien el orden y la disposición que Dios ha establecido en las cosas creadas. Y por mi naturaleza en particular no entiendo otra cosa que la complexión o el conjunto de todas las cosas que Dios me ha dado.”

Parece legítimo preguntarse si Descartes no tiende aquí a acercarse, sin duda a su pesar, a la definición tomista de la naturaleza como “*ratio divinae artis*”.

Sea como fuere, Descartes se niega a argumentar desde la finalidad cuando trata temas puramente físicos, en coherencia con su rechazo de las nociones aristotélicas de materia prima y forma sustancial.

[T12] René Descartes, “A Mersenne”, 28 de octubre de 1640, AT III, p. 211-212: “Paso a la carta del médico de Sens [...]. Debía sólo concluir que tanto la sal como todos los otros cuerpos no son sino de una misma materia; lo cual concuerda con la filosofía de la Escuela y con la mía, salvo que en la Escuela no se explica bien esta materia, pues la hacen *puram potentiam*, y le añaden formas sustanciales, que no son sino quimeras.”